

LIBRO SEGUNDO.

AYES DEL ALMA.

A LA REINA CRISTINA,  
restauradora de las libertades patrias,  
AL PARTIR PARA SU DESTIERRO.

¡Italia...! ¡Italia...! á tu angustiado seno  
Vuelve ya la deidad de ti adorada!  
La trajo el iris, y la lanza el trueno,  
Cual hoja seca de aquilon llevada.  
(JUAN DONOSO CORTÉS.)

ODA.

Lleva en paz esa nave,  
Aura gentil que hácia el Oriente vuelas,  
Que nunca en pompa grave  
A tu influjo suave  
Otra mas rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,  
De Italia en las regiones apartadas  
Señalando su puerto,  
Por estas que ahora vierto  
Lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adios, reina querida;  
Si al ronco són del huracan que zumba  
Te abre la mar guarida,  
Yendo de muerte herida  
Feliz serás en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides  
Con esos ojos, que la paz vertian,  
La tierra que despides?  
¿Quién sostendrá las vides  
Que al dulce arrimo de tu amor crecian?

¿Por qué con pecho fiero  
Dá á sus hijos la tórtola por padre  
Al infiel ballestero  
Que amagó carnicero  
La blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido,  
Que la proscribes con ardor bizarro,  
Recuerda cuando uncido,  
Como alazan vendido,  
Llevarte pudo á su triunfante carro.

Si dejaste beodo  
La régia frente de baldon sellada,

Nunca el imperio godo  
Debió ver por el lodo  
De una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,  
Que osaste profanar con ira insana  
De tu dueño la mano;  
Hoy te alzas soberano,  
Y un vil rufian te azotará mañana.

No apagues insolente  
Mi voz, porque la mísera fortuna  
De una madre lamente,  
Que sofocó valiente  
Las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña  
Solemnices en órgia placentera  
Tu criminosa hazaña:  
¡Gloria al leon de España,  
Que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones  
Agobiados de bélicas coronas:  
Quien venció Napoleones,  
Añada á sus blasones  
La baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena  
Ria la mar, ó que sus senos abra,  
Aduérmete sin pena  
Al bronco són que atruena  
Del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡Ya abandonó á Castilla!  
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;  
En mí fuera mancilla,  
Magüer que cual Padilla  
Me agito en sed de libertad y gloria.

AL REGRESO DE S. M. LA REINA,  
DOÑA MARIA CRISTINA.

ODA.

Ya torna la que, viéndose ultrajada  
Por enemigo bando,

De Valencia en las costas, irritada,  
La corona abdicó de San Fernando.

¡Digna reina del pueblo que, algun dia  
Con su indomable tropa,  
El mundo entero á prosternar salia  
Desde un rincon de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,  
Ya os miran embebidos,  
Como signo de honor, vuestros parciales;  
Cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente  
De pasados agravios,  
Señales de perdon en vuestra frente,  
Palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al "bendeciros" os miran,  
De vos "benditos" sean:  
Pues "¡Madre!" os llaman cuantos hoy os miran,  
"¡Hijos!" tan solo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas  
De muertos defensores;  
El mártir de una reina ecsije palmas;  
El héroe de una dama ecsije flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte  
La venidera historia,  
Que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,  
Morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera  
Su inútil osadía,  
¿Qué ecsistencia sus vidas redimiera,  
Ni cuál sangre su sangre espiaría?

A cuantos hoy con bárbaros enojos  
Conciten vuestra saña,  
Eternamente á sus voraces ojos  
Su lumbré les esquite el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades  
Los grandes corazones:  
Fuente de amor para manar bondades;  
Tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo mas cumplida  
Que ser, cual vos, señora,  
El genio del orgullo, si vencida;  
El ángel del perdon, si vencedora.

LA COMPASION.

—Niña, ¿por qué desvelada  
Suspiras con tal empeño?  
—El por qué, madre, no es nada:  
Solo me siento hostigada  
Por las quimeras de un sueño.

—El rostro, niña, sepulta  
En la holandá, que el espanto

Viendo las sombras se abulta.  
—Así derramaré, oculta  
Entre sus pliegues, mi llanto.

—Pronto, la noche ahuyentando,  
Llamará el alba á la puerta.  
—Pues vendrá en vano llamando,  
Que si ahora duermo soñando,  
Despues soñaré despierta.

—¡Ay, que si el mundo ve ya  
De una niña el mal profundo,  
Que es amor en decir dá!  
—Pues sus razones el mundo  
Para decirlo tendrá.

—Y en qué livianas razones  
Estriba el mal que te aqueja?  
—En unas tristes canciones  
Que, de una lira á los sonos,  
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré aflijida en el lecho,  
Quedé traspuesta, y entonces  
Sonó un ruido á poco trecho,  
Que ¡cuál llagaría el pecho  
Cuando ablandaba los bronces!

Desperté á oírle, y la lira  
No alegró la soledad;  
Y ahora mi pecho suspira,  
No sé si porque es mentira,  
Ó porque no fué verdad.

—¿Mas quién alzó las querellas?  
—Soñé que era un peregrino.  
¡Ay de las tristes doncellas  
Si al proseguir su camino  
Puso los ojos en ellas!

—¿Un peregrino, alma mia,  
Cantaba en llanto deshecho?  
—Y soñé que era el que un dia  
Buscó albergue en nuestro techo  
Por la tormenta que hacia.

Nieves y cierzo arrostrando,  
Húmedos ya sus despojos,  
Vino á la puerta llamando,  
Y yo se la abrí, mostrando  
La compasion en los ojos.

—¿De cuándo acá te se alcanza  
Recordar tal desacuerdo?  
—Dejadme en mi bienandanza:  
¡Bella será una esperanza,  
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,  
Cuando la lumbré cercando,  
Entre ilusiones de gloria  
Una historia y otra his-<sup>ta</sup>  
Me fué, amorosas, cantando.



Siempre en ellas se moria  
Uno que á su ingrato bien  
Como á sus ojos queria:  
Mas no me contó que habia  
Hombres ingratos tambien.

Dióme con chistes discretos  
Conchas, cruces y regalos,  
Y mágicos amuletos  
Que por instintos secretos  
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida  
Me ponderaba halagüeño,  
En plática tan sentida,  
Que cual si fuese beleño  
Me iba dejando adormida.

Y mi amante pesadumbre  
Prosiguió astuto aumentando,  
Hasta que el postrer vislumbre  
Débil lanzando la lumbre  
Se fué la sombra espesando....

—¿Por qué entonces de su fuego  
Rémorano fué tu calma?  
—Rendime á partido luego,  
Porque acompañó su ruego  
Con un suspiro del alma.

—¿Y fuiste, al rayar el día  
su ruta, niña, á inquirir?  
—En vano fuí, madre mía:  
Ya el sol derretido habia  
La nieve que halló al partir.

Corriendo desalentada,  
Fuí de lugar en lugar....  
—¿Y qué hallaste, desgraciada?  
—Al cabo de la jornada  
Hallé el placer de llorar.

—¿Cuál genio, en tan triste día,  
Á escuchar su frenesí  
Mas ciego que él te impelia?  
—La *compasion*, madre mia....  
—¿Y quién la tendrá de tí....

#### VIVIR-MURIENDO.

Vivit, et est vitæ nescius ipsæ suæ.  
(OVID.)

Al nacer me recibieron  
La vida y la muerte en brazos;  
Y al ver tan opuestos lazos,  
Con torra faz prorumpieron:

—“¿Qué buscas aquí, perdida?”  
Dijo á la vida la muerte.  
—“¿Nació para tí, por suerte?”  
Dijo á la muerte la vida.

—“Dios, á mi eterna morada,”  
Responde aquella, “le envía.”  
—“Soy, para entrarle en la mia,”  
Dice esta, “de Dios enviada.”

—“Pues vuelva al seno de Dios,  
Y su justicia decida,  
Si es de la muerte ó la vida,”—  
Claman á un tiempo las dos.

Y haciendo audaz cada una  
Presa en el misero infante,  
Lleno de llanto el semblante  
Me levanté de la cuna.

Entre ambas camino incierto,  
Dudando mi fantasía,  
Si, antes de nacer, vivía,  
Ó si es que, al nacer, he muerto.

Los que en la vida fuí dando  
Desde mis pasos primeros,  
Cual dados en sus linderos  
Los fué la muerte contando.

Camino, y en mal tan fuerte,  
La mente desvanecida,  
Nombra desvelo á la vida,  
Y llama sueño á la muerte.

Ponen, con locos empeños,  
Mis sufrimientos á prueba,  
Desvelos, si el sol se eleva,  
Si se alzan las sombras, sueños.

Y así van al alma mia  
Sueño y desvelo asediando,  
Uno tras otro pasando,  
Como la noche y el día.

Si de la vida por suerte  
El breve término dejo,  
Conmigo doy sin consejo  
En el confin de la muerte.

Y á veces tan dulces lazos  
Forman la muerte y la vida,  
Que una en otra confundida  
Van una de otra en los brazos.

¿Si en mi ataúd por fortuna  
Daré mi primer vajido?  
¿Ó por fortuna habrá sido  
Lecho de muerte mi cuna?

Si he muerto al nacer por suerte,  
¿Á qué me asedia la vida?  
Y si ésta aun no está cumplida,  
¿Por qué me sigue la muerte?

¿Adónde, en tan ciego abismo,  
Voy tras de ensueños que adoro,  
Tanto que entre ellos ignoro  
Si sombra soy de mí mismo?

¡Sacadme ya, Dios clemente,  
De un abismo tan horrendo,  
Ó eternamente muriendo,  
Ó viviendo eternamente!

#### EL CARRO DE LA FORTUNA.

A MIS AMIGOS RUBÍ, DONCEL Y VALLADARES.

Llegad, los que os es dado  
El carro avasallar de la fortuna,  
Y asaltado mal grado,  
Que pasa acelerado  
El cerco amenazando de la luna.

La turba, que horniguea  
Sobre él, acogotad, vengando el dolo.  
Lanzada al Orco sea  
Esa imbecil ralea  
De tantos grandes en el nombre solo.

A la eminencia suma  
Trepad, lanzando en oblacion cruenta  
El tropel que la abrumba,  
Y que viste de pluma,  
Del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese á su lloro,  
Del pedestal do sin pudor subieron  
Las hembras sin decoro  
Que alas calzaron de oro,  
Y su virtud por escalon pusieron.

Abajo esos tribunos,  
Torpes ministros del doloso fraude,  
Que de su mal ayunos,  
Adulan importunos  
Al populacho vil que aullando aplaude.

A mí despedazada  
De tantos héroes la corona baje,  
Antes que enmarañada  
Como prenda usurpada  
Del bosque quede entre el jentil ramaje.

Del carro desprendido  
Encima echad la ponderosa mole  
Sobre ese pueblo erguido,  
Que imita conmovido  
Con hondo afán la condenada prole.

Marquen esos caballos,  
Fogosos siervos de la suerte impía,  
Con sus herrados callos,  
Todo al que, cual vasallos,  
Con riendas de oro á su placer los guía.

Seguidlos arrojando  
Al seno de las sucias polvaredas;  
Y ora el carro ciando,  
Ora presto arrancando,  
Magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada  
Que en él subir á la maldad le plugo,  
Que del vicio hostigada,  
Tinta en sangre la espada,  
Ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en són horrendo  
Del desierto las cálidas arenas  
Con sangre humedeciendo,  
Hastío y pasto siendo  
De hambrientos lobos y de ahitadas hienas.

Bajad con vituperio,  
Viciosos monstruos de infernal ralea;  
Ya cayó vuestro imperio,  
Que orlando el hemisferio  
El pabellón de la justicia ondea.

#### LA ESENCIA PERDIDA.

¡Ay de la flor que á la mañana pierde,  
Como el alma su amor y su inocencia,  
Del viento á la merced su pompa verde,  
Y á la del sol su delicada esencia!

¿Qué la importa que alegres en su vuelo  
La acaricien las auras sonoras,  
Si no vendrán con fatigoso anhelo  
Su esencia á respirar las mariposas?

¿Y á qué fin de sus hojas primitivas  
Guardar un resto, si fingiendo quejas,  
La esquivarán, pasando fugitivas,  
Cual yerba venenosa las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas  
Fácil matiz de la campestre alfombra,  
Pudiendo deleitar, de las zagalas  
La blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá mas entre la niebla umbría  
Las tiernas magas derramando amores,  
Cuando bajen, aromas y ambrosía  
A beber en las copas de las flores.

¡Ay del arbusto que se eleva erguido  
A impulsos de la blanca primavera,  
Y es el oprobio del jardín florido  
Quien para ser su galardón naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha  
Por aromar la brisa murmurante,  
Y un tierno adios de gratitud no escucha  
Cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosía,  
Como el alma su amor y su inocencia,  
Plácida flor de la esperanza mia,  
No pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,  
Perdida en la ilusión de una quimera;



La esencia son de las tempranas flores  
Las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mio, de tu mente el vuelo,  
No imites en tu curso á los que viles,  
Por no asaltar en su altivez el cielo,  
Usurpan su mansion á los reptiles.

Aires mas puros con afan busquemos,  
Dejando el valle, en el alzado monte,  
Y embebecidos desde allí miremos  
Sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora  
Hollemos con el vago pensamiento,  
Porque bien sé que un paraíso mora  
Trás el turquí del azulado viento.

Y sé tambien que por allí cargados  
Se columpian los céfiros de azares,  
Que son los yermos deliciosos prados,  
Y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma  
Por entre el musgo de las lindas flores;  
Tiende allí el vuelo la gentil paloma  
Sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama  
El corazón de amores mas esento,  
Y hay un Pastor que á los apriscos llama  
Las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,  
Pues sigue á los osados la fortuna,  
Que el águila es la reina de las aves  
Porque vuela mas alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos,  
Por si algunos lamentan nuestra huida,  
En pago de su amor les legaremos  
El llanto que se vierte á la partida.

#### EL AMOR INMORTAL.

—“¡Atrás! que ya los altares  
Velan las sombras profanas,  
Y al vulgo de estos lugares  
Lo llaman á sus hogares  
Con su oracion las campanas.

“¡Atrás! y no en loco tema  
Traigas, revuelta en la falda,  
Símbolo de tu fé estrema,  
Esa florida guirnalda  
De tus amores emblema.

“Torna, loca, á tu alquería,  
Porque, si bien lo contemplo,  
Es necio por vida mia  
Dejarme así cada día  
Lleno de yerbas el templo.”

—“He de ver su sepultura,  
Pese á tus iras crueles,  
Pues bien nos predica el cura  
Que nunca el Dios de la altura  
Cierra su casa á los fieles.”

—“Así te azucen traidores  
Alguna vez sus mastines,  
Por tus ofrendas de amores,  
Los dueños de los jardines  
Adonde robas las flores.

“Y pues que en tal desierto  
Sigues con cordura poca,  
Quédate ahí, y ten por cierto  
Que gana muy poco un muerto  
Con la oracion de una loca.”—

¡Cuitada que en su quebranto  
No halla en la tierra consuelo,  
Lo busca en el cielo santo,  
Y sordo tambien el cielo  
Las puertas cierra á su llanto!

Huye, niña, que á esa puerta  
Entre nocturnos reflejos,  
Pareces ya de una muerta  
La sombra que vaga incierta  
Llorando gustos añejos.

Huye, que de amor ajena,  
Como á imágen de la muerte,  
Llamándote el alma en pena,  
De horror la comarca llena,  
Cierra las puertas al verte.

¡Pobre loca, que en su intento,  
Sin que de su afan se corra,  
Ama con ardor violento  
Memorias que el tiempo borra,  
Cenizas que lleva el viento!

¡Oh, muy loca es quien no ha oído  
Porque escarnecerla puedan,  
Que en este mundo finjido,  
Solo pagan con olvido  
A los que van, los que quedan!....

#### LA CONFESION.

Y yo abismado en tanta maravilla,  
Con miedo reverente  
Ceso, y humilde inclino la rodilla,  
Y la devota frente.

MELLENDEZ.

Ya el manso indócil, que en su error seguía  
Con inútil empeño,  
Torna á buscar la sal que le ofrecía  
La mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso  
El aterido llano,

Porque otro el gusto me enseñó frondoso  
A la siniestra mano.

En él probó con algazara loca  
Ámbares mi sentido,  
Ricos panales mi sedienta boca,  
Y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mia  
Por exclusivo amparo,  
Torpe esquivé la soberana guía  
Del eminente faro.

Cuántas hollé risueñas á la entrada  
Alamedas y llanos,  
Trocáronse, al volver de la jornada,  
En inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé mas bello,  
Me hirieron los abrojos;  
Las zarzas arrancándome el cabello,  
Me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mias,  
Las desdichas ajenas:  
Siempre faltaron á mis ojos dias  
Para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando  
La inocencia con oro,  
Mas yo vengué su iniquidad, entrando  
A saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido  
El brazo del mas fuerte,  
Y el dardo asiendo de mi pecho herido,  
Dí al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros  
La sangre de mis venas;  
Dadme el perdón, ó no apasteis corderos  
Adonde nacen hienas.

Hoy para siempre á vuestros piés se agotan  
Las furias de mi pecho,  
Pues ya agolpadas á mis ojos brotan  
Como volcan deshecho.

Feliz, si á mis errores juveniles  
Vuestra piedad alcanza:  
¡Bien la merece el que á los veinte abríles  
Ya perdió la esperanza!

Á la virtud consagraré holocaustos,  
Y desde hoy, Padre mio,  
Esquivaré los mundanales faustos,  
Como la cumbre el río.

Quedad con Dios, los que vagáis perdidos  
Del ancho mundo por la incierta vía,  
Que ahuyentando el sopor de mis sentidos  
Se eleva el sol, y con su luz me guía.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,  
Si alguna vez, sediento peregrino,

Os agoté, calmando mis ardores,  
La pura fuente del erial camino.

Dadme el perdón si en su cristal undoso  
Templé del sol las estivales llamas;  
Ó si en el puerto, del laurel frondoso,  
Para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos, séres, tambien, cuya inocencia  
El pasto fué de mi amoroso intento,  
Dadme el perdón, si por gozar su esencia  
Alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios,  
Cual monumento á vuestras glorias hecho,  
Y amante fiel, para enterrar agravios,  
En panteon convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía  
Al cielo asciende entre gloriosa nube,  
Y en alas de su ardor el alma mia  
Purificada por los aires sube.

Recoje, cazador, el vil reclamo  
Que esfuerza en vano la falaz garganta,  
Pues ya esquivando tu engañoso ramo  
El ruiseñor por las alturas canta.

#### LAS ILUSIONES.

A T.....

Salud, claras centellas,  
Que en giros halagüeños  
Vais guiando mis huellas,  
Leves como los sueños,  
Cual los ángeles bellas.

Por sendas sin espinas  
Arrastrais, dulces magas,  
Mis plantas peregrinas,  
Siempre en los aires vagas,  
Y siempre á mí vecinas.

Y ya que uno por uno,  
Tal venceis los fracasos  
Del destino importuno,  
Que en mis inciertos pasos  
No tropecé en ninguno,

Por beneficio tanto,  
Dejad que sin pesares  
Os rindan en su encanto,  
Tierna mi voz, cantares,  
Dulces mis ojos, llanto.

Vos, con jesto risueño,  
Traéis al alma mia  
Con amoroso empeño,  
Quimeras por el día,  
Y por las noches sueño.

Vos templais la venganza  
De mis tristes memorias,



Y en lisonjera holganza  
Vos renovais las glorias  
De mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,  
Horas vivo serenas,  
Tierno guardando el lloro  
Para plañir las penas  
De los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte  
Pues que audaz no me espanta  
Con su rigor le suerte,  
El único que canta  
Dando alcance á su muerte.

Salud, hijas del viento,  
Que tardas, ó ligeras,  
Llegándoos á mi acento,  
Sois siempre mensajeras  
De perennal contento.

Dejadle que en su brio  
Vuestra morada esquivá  
Cruce en blando estravío,  
Y entre vosotras viva  
El pensamiento mio.

No separeis la mano  
En que feliz me aduerto,  
Cuidad con pecho humano  
Que mas que no el enfermo  
Siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,  
Y no apaguis el fuego  
Que ardiendo me embelesa;  
Seguid, por Dios, os ruego,  
Que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,  
Veréis que, aunque sin fausto,  
Présagas de alegrías,  
Os rindo en holocausto  
Las cantilenas mías.

UNA LAGRIMA A UN RECUERDO\*

A LOS SEÑORES

D. José Safont y D. Mariano Barrio.

—“Era una tarde sombría.  
El aquilon rebramando  
Nuestras cabañas hería.”—

\* En la tarde del 24 de Febrero de 1841, murieron ahogados en el río Henares, viniendo de una quinta de recreo, D. JOSÉ SAFONT y su esposa D.ª MARIA CLAVIJO, acompañados de sus padres, DON JOSÉ y D.ª ROSA LLUG, D.ª ANTONIA CABO CARDANO, esposa de D. MARIANO BARRIO, una niña de siete años, hija de estos, y otros varios amigos y parientes. Solo D. JOSÉ SAFONT (hijo) se salvó por la solicitud de un dependiente, despues de haber hecho en vano algunas tentativas por perecer en union de tan queridos objetos. Está por demás advertir que esta composicion ha sido hecha en memoria de tan infausto acontecimiento.

Así á sus hijos decia  
Una matrona llorando.

—“Hender un canto la esfera  
Se oia plácido en tanto.  
Mas ¡quién entonces creyera  
Que solo de muertes era  
Vago preludio aquel canto!”

—Templad esa intensa  
Tenaz pesadumbre,  
Y en torno á la lumbre,  
Mi madre, acudid;  
Y aunque algo os aqueje  
Tan triste memoria,  
La trágica historia  
Contando seguid.

—“Iban las olas mujendo,  
Mientras las auras esquivas  
Seguian con dulce estruendo  
En vago són confundiendo  
Aplausos, cantos y vivas.

Y estaba azotando impío  
El aquilon la ribera,  
Cuando entre el polvo sombrío  
Ví una carroza lijera  
Ganar las ondas del rio.

¡Amaina, zagal! dijeron  
Su incuria al ver los pastores,  
Y aunque á su auxilio acudieron,  
Zagal, carroza y señores  
Entre las olas se hundieron.

¡Ay! con voz desfallecida  
Clamaron en mal tan fuerte,  
Como el que en rápida huida  
Mira alejarse la vida  
En brazos ya de la muerte.

Viérais entonces, fluctuando,  
Alzar á todos las palmas,  
Hondos gemidos lanzando,  
Con ansias de muerte dando  
El postrer vale á sus almas.

Y al ver una madre en tanto  
Alzar á una niña al cielo,  
Me ahogó la voz el espanto,  
Y ciega caí entre el llanto  
Presas infelices de tal duelo.”

—Templad esa intensa  
Tenaz pesadumbre,  
Y en torno á la lumbre,  
Mi madre, acudid;  
Y aunque algo os aqueje  
Tan triste memoria,  
La trágica historia  
Contando seguid.

—“A vueltas de mi estravío,  
Oí con triste lamento  
Gritar:—¡Adios, amor mio!—  
Mientras que ahogaba este acento  
Con sus murmullos el rio.

Era un esposo, que impfa  
A puerto ya de bonanza  
Una fiel mano impelia,  
Y al ver á la esposa hacia  
Ecsequias á su esperanza.

¡Adios! el triste llorando  
Clamaba con voz doliente:  
Y,—¡para siempre!!—gritando  
Seguia, entre el polvo ajando  
Desesperado la frente.

¡Y cuál su dolor seria,  
Cuando él en trance tan fuerte,  
Á su esposa—¡Adios!—decia,  
Y ella—¡Adios!! le respondia  
Desde el umbral de la muerte!

¡Ay! cuando en tropel se hundieron,  
Y ya con tez amarilla  
Las yertas palmas tendieron,  
¿Dónde sus ramas tuvieron  
Los álamos de la orilla?”

—¡Qué lástima el verlos  
Ahondarse seria!  
—¡Cuánto ¡ay! llenaria,  
Vagando, el confin!  
—¡La niña que alzaba  
Su madre en las manos!!!....  
—Lloremos, hermanos,  
Su trágico fin!

LAS DOS ALMAS.

—¿Adónde vas, alma mia,  
Hacia ese mundo perdido?  
—A ser alma de un nacido  
La Omnipotencia me envía.

—Y tú, alma mia, qué vuelo  
Sigues ganando la altura?  
—Dejo á uno en la sepultura,  
Y voy camino del cielo.

—Puesto que subes, hermana,  
Y te hallo al bajar al mundo,  
Dime si es....—Un caos profundo  
Que llaman cárcel humana.

Prosigue, y no tan altiva,  
Hermana, bajas ahora,  
Porque vas, siendo cañora,  
Á ser del hombre cautiva.

Que en él, con rumbo perdido,  
Sigues en loco devaneo,

Cada potencia un deseo,  
Y un gusto cada sentido.

Pues de ansia de goces lleno  
Busca el oído armonia,  
El paladar ambrosía,  
E impúdico el tacto, cieno.

Así sus gustos sin calma  
Van los sentidos gozando,  
Mientras que á merced flotando  
Va de los suyos el alma.

Y en rumbos tan desiguales,  
Y en tan contrarios vaivenes,  
Si el alma delira bienes,  
Acosan al cuerpo males.

Y amando el cuerpo la tierra,  
Y el alma adorando el cielo,  
Siempre estan, en su desvelo,  
Carne y espíritu en guerra.

—¡Pues si ya, el cielo ganando,  
Dejaste cárcel tan fiera,  
Por qué al aire, compañera,  
Vas esas lágrimas dando?

—Porque hay, hermana, en el suelo  
Séres que tambien se adoran,  
Y que al dejarlos se lloran,  
Como al dejar los del cielo.

—Si el cielo que dejo escalas,  
Y al mundo voy que tú dejas,  
Llevemos, pues, tú mis quejas,  
Y yo tu llanto, en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,  
Cuando le muestre tu llanto,  
Muestra mis ayes en tanto  
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde  
De mi cautiverio el día,  
Queda á Dios, hermana mia.  
—Hermana mia, él te guarde.

A ORILLAS DEL VALON.

—¿Cómo, al vagar la mente,  
Lastima inquieta el corazon llagado!  
—El ánimo doliente,  
Llora por lo presente,  
Ó suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores  
Nos señala el harpon, ó ya renueva  
Recuerdos seductores,  
Ya de gustos de amores  
La antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,  
Su curso, audaz, á los planetas marca;